

Y por otro lado, ¿cree el señor obispo que nos va á convencer de la necesidad ni aun de la utilidad de manosear los clásicos paganos, con estrofas tan prosáicas y tan ripiosas como esa del norte *frío* y las hojas *heladas* y los muchos epítetos y los asonantes de *cierre* y *Pirene*?

¡Ya, ya!

El ejemplo es para convencer á cualquiera... de lo contrario.

Y concluye:

«Renacimiento clame de Cantabria
Allá en los montes ¡inspirado vate!
Renacimiento clame en las aztecas
Playas Ipandro.»

Bueno, clamen usted y él todo lo que quieran, porque nadie les ha de hacer caso.

Pero es muy triste, crea usted que es muy triste, oír á un obispo clamar desgañitándose: ¡renacimiento! ¡renacimiento! á estas horas, cuando todos los hombres de sana inteligencia y recto corazón están convencidos de que el renacimiento es la vuelta á la barbarie.

Y de que el renacimiento del siglo XVI fué el que paró aquel generoso impulso, el que atajó aquella gran corriente de ideas elevadas y nobles que venía de la Edad Media y que no se sabe á qué altura de prosperidad espiritual hubiera llevado á las naciones cristianas.

II

No puedo dejar todavía de la mano al señor obispo que fué de Tamaulipas y ahora es de Linares.

Sería demasiado poco un artículo para tantos yerros literarios como los del señor Montes de Oca, y hay que segundar.

Aunque no tengo á la vista el libro de los *Ocios poéticos* de *Ipandro Acaico*, publicado en Méjico en 1878, conozco algunos de ellos, reproducidos, naturalmente, en la *Ilustración Española y Americana*.

Por ejemplo:

«AL PAPAGAYO DE CORINA.»

Es una elegía en tercetos prosáicos y cursis, cuyo solo título tira de espaldas.

¡Un señor obispo cantando *al papagayo de Corina*!...

Después de la dedicatoria á D. Juan Valera—tal para cual,—comienza á lloriquear el señor obispo en esta mala forma:

«El loro que á las Indias Orientales
Debió Corina, ha muerto. ¡Aves dolientes,
Venid á celebrar sus funerales!...»

¡Qué bonito! Hablar en broma de los funerales, aplicándolos á un pajarraco...

Y si es en serio, peor todavía.

Continúa el poeta dirigiéndose á las aves dolientes, y las dice:

«Las plumas arrancad de vuestras frentes,
De cabellos en vez, y las mejillas
Desgarren vuestras uñas inclementes.»

De cabellos en vez... ¡qué hermosura de expresión!

Y luego hablar de *las mejillas...* de las aves...

Y á esto lo llamará buenamente el señor obispo *belleza griega...*

A cualquier cosa llaman belleza los Arcades y chocolate las patronas.

Sigue:

«Del imario tirano, ¿qué te inquieta
¡Oh Filomena! el crimen?...»

¿Que quién es el imario tirano?... ¡Cualquiera lo sabe!...

Pero sea, quien quiera,

«Del imario tirano ¿qué te inquieta
¡Oh Filomena! el crimen? De tu llanto
Há tiempo la medida está repleta.»

Querrá decir que la medida está llena; y cónstele á usted que también á los lectores y á mí se nos van llenando ya las nuestras respectivas.

Digo que habrá querido usted decir *llena*, porque es un disparate decir que una medida está *repleta* de llanto, pues repleto ó *relleno* es lo que está á más de lleno, apretado, calcado; y los líquidos no se aprietan ni se calcan en la medida.

Puede estar un costal repleto de lana ó de paja; pero no puede estar un vaso repleto de agua ni de vino.

Vamos adelante:

«A pájaro *sin par* el triste canto
Hoy consagra no más...»

Donde no se sabe si quiere decir el señor obispo á la Filomena que no consagre al pájaro *sin par* ninguna cosa más que el triste canto, ó que no se le consagre más que hoy, ó que no consagre el triste canto á nadie más que al pájaro.

Por de pronto no se sabe. Después ya se llega á comprender que lo que ha querido de-

cir es lo último, gracias á una advertencia prosáica y oscura que viene en seguida.

«A pájaro sin par el triste canto
Hoy consagra no más. De Itis la muerte
Motivo es ya muy viejo á tu quebranto...»

Y así continúa el señor obispo tan campan-
te, haciendo tercetos que nadie ha de enten-
der, ni leer apenas.

Pues tiene también su ilustrísima un sone-
to á un Cupido de cera, que es lo que hay que
ver, ó mejor dicho, lo que hay que no ver, no
siendo por necesidad ineludible.

Está dedicado á Marcelino Menéndez, de
quien digo lo mismo que de D. Juan Valera,
tal para cual, y es como sigue:

EL CUPIDO DE CERA

—«¡Qué bello amor de *transparente cera!*
¿Cuánto quieres, pastor, por tu Cupido?
—Tómalo desde luego...»

¡Hombre! Esto se parece á lo del tío Can-
timplora, cuando llevó la mujer á vender á
una feria.

—¡Aquí, aquí!—gritaba el tío Cantimplo-
ra.—¡Aquí, á lo barato!

—¿Qué vende usted, buen hombre?—le pre-

guntó uno, extrañando no ver alrededor nin-
guna mercancía.—¿Qué vende usted?

—La mujer, buen amigo,—le contestó el tío
Cantimplora.

—¿Cuánto quiere usted por ella?

—¡Buen provecho le haga!

Así hace el vendedor del Cupido de *Ipandro*:

—«¡Qué bello amor de *transparente cera!*
¿Cuánto quieres, pastor, por tu Cupido?
—Tómalo desde luego. Sólo pido,
Señor, lo que tu mano darne quiera.
Decirte debo la verdad entera:
Ni artista soy ni su escultor he sido;
Mas mi *revuelto* hogar del Dios del Gnido
La *ingrata* sociedad ya no tolera...»

A todo lo cual llaman los académicos ame-
ricanos poesía, lo mismo que los académicos
peninsulares.

Faltando á la verdad unos y otros.
Continúa el soneto:

«Ten esta dracma y al gentil infante
Pon en mis brazos. Aunque *artero y ciego*,
Compañero lo haré *fiel y constante*.»

¿Fiel y constante?... ¡Ah, ya! El señor obis-
po quiere hacer decir al comprador que será
fiel y constante compañero del Cupido; pero se
lo hace decir al revés, que es como los acadé-
micos suelen decir las cosas.

De modo que parece como que el fiel y constante va á ser Cupido.

Que tiene tanto de fiel y de constante como su ilustrísima de poeta.

Bomba final:

«Ven ¡oh Cupido! abrázame en tu fuego...»

¡Qué invocación más propia para un obispo!
¿Si será éste el *Veni Sancte Spiritus* del renacimiento?...

«Ven ¡oh Cupido! abrázame en tu fuego,
O á las voraces llamas al instante
Tu débil forma á derretirse entrego.»

Bueno. ¿Y la sustancia del soneto, cuál es? Ninguna, no la tiene; pudiendo decirse que en él no sale el pensamiento, como no salió el argumento en aquella obra dramática que decía el baturro.

Y luego la forma... ¡Ah! es un encanto...
Griega enteramente.

—

Pero donde hay que estudiar al señor Montes de Oca es en la traducción de los idilios de Teócrito, Bión y Mosco, que ha publicado con el título de *Poetas bucólicos griegos*.

De esta obra tengo á la vista un ejemplar de la segunda edición, impresa en Madrid en

1880, con tres prólogos: el primero de Marcelino, el segundo de un señor D. Miguel A. Caro, y del autor el tercero, en forma de carta á nuestro conocido y flagelado académico correspondiente D. José María Roa Bárcena.

De entre las muchas bobadas que dice el bueno de Marcelino Menéndez en su prólogo, merece citarse la de llamar *prosáicos, desaliñados é insufribles versos sueltos* á los... no crean ustedes que á los de *Ipandro* ni á los suyos, en lo cual no haría más que justicia; no: sino á los de D. José Antonio Conde.

¡Anda, hijo, que buen callar te pierdes!
Porque los versos de Conde sí son malos; ¡pero los tuyos!...

Al concluir dice Marcelino que *Ipandro es verdadero poeta*...

Dijolo Blas...

Pero no hacemos punto redondo, sino que le decimos de á Blas... Menéndez:

No, hombre, no. ¡Qué ha de ser *Ipandro* verdadero poeta! Ni verdadero ni falso; porque no es poeta de ningún modo, ni falso siquiera.

Falso poeta sería aquél á quien se le pudiera confundir á primera vista con un poeta verdadero. Pero á este *Ipandro*, al señor Montes de Oca, no se le puede confundir ni un instante con ningún poeta.

Con quien únicamente se le puede confundir es con Marcelino, que no es poeta tampoco.

Quedamos en que *Ipandro* no es ni siquiera

poeta falso. No. Los *diamantes americanos*, aunque son falsos, brillan un poco. La llamada poesía de *Ipandro* no parece poesía ni á primera vista.

Por eso hace tan triste papel, aunque Marcelino diga que *sale airoso de todas las dificultades*.

En el segundo prólogo, en el de D. Miguel A. Caro, que es un escritor académico, es decir, muy malo de Colombia, á vuelta de muchos disparates de varios tamaños, se encuentra uno con esto, que tiene gracia:

«Quien sepa que hay en Méjico un obispo que cultiva la poesía clásica y pulsa la lira castellana, se acordará inmediatamente de Valbuena...»

No crean ustedes que el Valbuena cuyo recuerdo cree el prologuista que ha de suscitar *Ipandro*, sea éste á quien tienen ustedes la amabilidad de leer. No: eso no tendría nada de extraño. Porque es natural que, quien lea los versos de *Ipandro Acaico*, los encuentre dignos de ser solfeados y se acuerde de quien ha puesto tántos en solfa.

La gracia está en que el prologuista se refiere á D. Bernardo de Valbuena, cuyo recuerdo no puede suscitársele á nadie *Ipandro Acaico*.

A no ser por el contraste.

Pues no puede haber otra relación entre la sequedad prosáica y ripiosa del obispo de Li-

nares y la lujosa fecundidad poética del obispo de Puerto Rico.

Pero vamos al grano.

Hace *Ipandro* hablar á Tirsis en el primer idilio de Teócrito, diciendo:

«¡Cuán dulce es el susurro de este pino...»

El verso no puede ser más pobre; y, sin embargo, el autor hace una llamada, y dice:

«Hay en el original una hermosa onomatopeya... He procurado trasladarla, y lo he conseguido...»

¡Carambal! ¡Dios le conserve á usted la... modestia!...

Porque lo que es mal escritor lo es usted, pero vanidoso también.

«¡Cuán dulce es el susurro de este pino
Que junto al *claro* manantial *resuena!*
¡Cuán dulce de tu *avena*
Es, oh cabrero, el...»

No crean ustedes que va á decir el sabor, ni que al decir *avena* habla de la conocida gramínea de este nombre. No: habla de un instrumento que se llama *avena* en latín, y él le llama también *avena* en castellano.

«¡Cuán dulce de tu *avena*
Es, oh cabrero, el *modulado trino!*...
Después de *Pan divino!*...»

¡Señor Montes de Oca!...

Pan Divino llamamos los católicos á Jesús sacramentado.

Y teniendo entre nosotros esas dos palabras, así juntas, uso tan frecuente con aplicación tan sublime, el emplearlas, como usted lo hace, refiriéndolas de un falso Dios, me parece una grandísima irreverencia.

¿Se oovence usted de que era mejor no tocar las castañuelas, vamos, no hacer versos ni traducir esas cosas?

Siga usted:

«Después de *Pan divino*
Tendrás el mayor premio. Si un carnero
(¡Qué asonante más fiero!)
Acepta vuestro Dios, será tu prenda
Una fecunda cabra; y si en ofrenda
Él recibe una cabra, entonces quiero
Donarte una cabrita:
(¡Ay, cuánta simplecita!)
Que su carne, primero
Que la hayan ordeñado, es exquisita.»

¡Ah! ¿Usted cree que se ordeña la carne?...
A lo menos la sintaxis quiere que usted lo crea.

Habla el cabrero, es decir, *Ipandro* en nombre del cabrero:

«Si las *piéras* ninfas
En regalo una oveja recibieren,

Te ofreceré *sencillo*
Nevado corderillo
(¡Bien, hombre, qué monillot!)
Que el seno de la madre aún no deja.»

Es decir, que todavía no ha nacido... Tras de ser duro el verso, contener ese solemne disparate.

Continúan los dimes y diretes. *Tirsis* pide al *cabrero* que cante; el *cabrero* se excusa diciendo que no puede hacerlo á mediodía, porque está *Pan* echando la siesta, y añade:

«Su cólera tememos, que es terrible
Cuando la ira lo embarga
Y tiene en la nariz *bilis amarga*...»

¡Hombre! ¿*Bilis* en la nariz?... ¿Y amarga precisamente? Eso me parece un descubrimiento.

¿Pero será verdad que el dios *Pan* tiene la *bilis* en las narices?...

Habrá que preguntárselo á los conservadores liberales, que, como es su Dios, le deben de conocer mucho.

Además aquel *lo*, aplicado á un dios, está muy feo.

Adelante:

«Mas tú (que el fin *sensible*
¡Oh *Tirsis*! y el amor *infortunado*
De *Dafnis* bien conoces, y has llegado
De los metros *bucólicos* al colmo...:)»

Usted sí que llega al colmo... de los prosaísmos y de las confusiones.

«Y si tan suavemente modulares
Como aquella ocasión...»

¡Ah! ¿Una ocasión modulaba?...

No. Quiso decir que el pastor había modulado en otra ocasión, en aquella... Pero el *en* no le cupo en el verso, y... resulta la ocasión en nominativo, modulando...

«Y si tan suavemente modulares
Como aquella ocasión...
Tres veces ordeñar podrá tu mano
Una cabra que tengo, *con dos hijas*,
Y aunque dos cabritas *amamanta*...

(No, señor; la cabra no amamanta: deja mamar.)

*Le sobra leche tanta
Que llena cada día dos vasijas.»*

¿De qué cabida? Porque según sean las vasijas, puede esa *leche tanta* ser mucha ó ser poca. Habla luego de un vaso de cera con esculturas, y dice:

«A diestra y á siniestra
Hay dos *elegantísimos varones*
Disputando *con ásperas razones*...»

¿Pero se conoce la aspereza de las razones en la escultura?

¡Bah! Siendo *elegantísimos los varones* para llenar el verso, también la disputa ha de ser con *razones* para servir de consonante. Pero no parece probable que las razones fuesen *ásperas*, siendo los varones *elegantísimos*.

Y luego:

«Indiferencia muestra
(¿Será alguna maestra?)
Ella, y ya al uno sonriendo mira,
Ya vuelta al otro plácida suspira.»

«Ella, y ya al uno...» ¿Es ésta la forma griega... señor obispo?
Será, si no, esta otra:

«... y dile en recompensa
A más de un *bello queso*» (enorme disco,
De *blanca* leche *densa*...)

¡Un bello queso!... ¡Qué bellezas encuentran estos clásicos!

Y continúa:

«*El rico vaso aún no tocó mi labio;*
Intacto lo conservo
(*¡Qué verso ese de arriba más protervo!*)
Sin el menor resabio...»

¿Y de quién había de ser el resabio? ¿Del vaso, ó del pastor?

De ninguno de los dos regularmente, sino del consonante.

Esto, señor Montes de Oca, se parece á lo de Pepe Carulla, el terco profanador de la Santa Biblia, que, para decir que Jacob llegó, verbigracia, á la Mesopotamia, dice que llegó *sin infamia*.

Usted habla de un vaso que aún no tocó *al labio*, ó que aún no ha sido tocado por el *labio* (pues con la sintaxis especial del académico pueden ser las dos cosas), y para aconsonantar, dice: sin el menor *resabio*.

Empieza *Tirsis* la canción, y traduce *Ipan-dro* el tema de este modo:

«A Tirsis el del Etna veis delante,
Y ésta de Tirsis es la voz *sonante*...»

Pero si no fuera sonante, ¿le parece á usted que sería voz?

¡Señor Montes de Oca!... Mire usted que eso es muy ridículo.

Más adelante se encuentra este verso:

«Tu pecho férvido arde.»

¿Le parece á usted que eso puede ser un verso heptasílabo?...

No, señor; ni éste que sigue es endecasílabo:

«De triunfar del flechador Cupido.»

¿Y por qué traduce usted así este estribillo:

«Musas del alma mía,
Ya terminad la agreste melodía?»

¿No estaría mejor *terminad ya*?
Una estrofa empieza:

«De las espinas *nardos*
(Nas-nar... *¡qué oído tienen ciertos bardos!*)
De las zarzas violas...
Peras produzca el pino...»

El pino, si no produce peras, produce piñones. Por eso hubiera sido mejor decir el olmo, que no produce fruta ninguna y que es del que se dice que no da peras, ó que lo mismo es pedirselas que pedir poesías á quien yo sé y usted no ignora.

Y dice el cabrero:

«Ojalá que tu boca *regalada*
Bañar en miel pudiera *refinada*.»

¡Es claro! A *regalada*... *refinada*.
Al comenzar el idilio segundo dice *Ipan-dro*:

«Tráelos aquí, Testilis; de cordero
Con *purpurina* lana...»

¿Pero hay corderos encarnados?
Más adelante, para concertar con *sepulcros*,

llama *pulcros*... ¿á qué dirán ustedes?... ¿No dan en ello?... Pues á unos mastines menores de edad.

Véase la forma:

«...y á hécate pavorosa,
Que so la tierra habita,
Y cuando entre la sangre y los *sepulcros*
Gira, terror excita
En los mastines y cachorros *pulcros*.»

¡Qué pulcritud, señor obispo!

El estribillo de la canción de una mujer desdeñada que quiere recobrar por medio de filtros y hechizos el amor de su marido, le traduce *Ipandro*:

«Haz retornar el pérfido, *pezpita*,
Que mis amores y mi casa evita.»

Pezpita diz que es un pajarucho.
Y sigue diciendo la desdeñada:

«Hay en Arcadia venenosa planta;
Hipómanes la llaman los *donceles*...»

¿Los *donceles* precisamente?... Ya sabremos por qué.

«Y tiene fuerza tanta
Que hace bajar del monte á los *corceles*.»

¡Ajajá! Ya pareció el motivo.

Para concertar con los *corceles* era para lo que los *donceles* llamaban hipómanes á la planta venenosa.

Y continúa la celosa infeliz:

«¡Ah! La virtud oculta de su tallo
Haga que la palestra *resbalosa*
Abandone mi *indómito caballo*
Y torne Delfis á su amante esposa...»

¡Mire usted que eso de llamar una mujer á su marido su caballo, es una imagen... de caballería! ¡Qué delicadeza, señor obispo! ¡Y qué finura! ¡Y qué castidad!...

Siga usted... aunque sería mejor que no siguiera... ni hubiera empezado.

Siga usted:

«Y tú, *Texlilis*, hija,
Toma *por el momento*
Los venenos *letales* que he mezclado
Y ve á ungrir el umbral de su aposento,
Ese umbral á que tengo todavía
Mi corazón atado...»

¿Con ronزال?

Porque estar atado al umbral de una puerta, mejor que á un corazón me parece que le cuadra á un burro.

Otro verso dice:

«Y me invitó con *replicado* ruego.»

¿Replicado?... Ni siquiera se ha enterado todavía el señor obispo de Linares de lo que es replicar.

«Uno y otro tornaba...»

¡Qué sintaxis!

«El corazón turbarme *fué todo uno...*»

¡Qué endecasílabo! Como no se diga *todo uno...*

Otras varias perlas ipandrianas:

«A *marañas* caía...

Y que la nieve más *helada y tiesa...*

(*Trasposición cruel se llama esa.*)

Inmóvil mi *simpática* figura...

(*Basta que tú lo digas, criatura.*)

Esta noche *mismísima* en tributo...

(¡Ay qué superlativo tan... *bonuto!*)»

Trayéndote en la falda

De mi *flotante* veste

Manzanas mil de *Baco hermoso fruto...*»

(*Que es un ripio más malo que la peste*

Y más viejo que Cheste,

Diez años anterior al escorbuto.)

Otra pitada:

«Hace á la virgen el hogar paterno

Abandonar *furiosa,*

Hace Amor á la esposa

Huir del lado de su esposo *tierno.*»

Será al revés, señor obispo; ó si no, ¡valiente amor y valiente esposa!

Bien que para hacer á la doncella abandonar *furiosa* el hogar paterno, claro es que ese Amor con A grande que usted canta, es un amor desenfrenado como el de las bestias.

¿No estaría mejor este señor obispo predicando, ó rezando, ó aunque fuera durmiendo?...

«En fin, ¡oh luna amiga!

¿A qué cansarte ya con mis amores?

Permite que mi canto no prosiga...»

—¡Qué felicidad!— me figuro que dirán ustedes, lectores míos, porque lo mismo dije yo.

Pero tuve que arrepentirme en seguida, porque *Ipandro* también se volvió atrás, y después de haber pedido permiso para no proseguir, prosigue de este modo:

«Satisfecho de entrambos el deseo,
Nos unieron los lazos de himeneo.»

¡Vamos! Al revés...

¿Verdad que le era mucho mejor no haber proseguido, y así no hubiera puesto ahí esa... *verdura?*

Resolución final:

«¿O de cariño falto

Me ha olvidado el cruel? Bien: yo lo *asalto*
Con amorios filtros *por ahora.*»

Así, con llaneza.

¡Pero qué mal lo hace usted, señor obispo!